

Para la formación permanente de los presbíteros

Luis Flores Villa*

Sumario

A partir de la fundamentación teológica de todo proceso de formación cristiana, el autor enfoca su reflexión en la vida y el ministerio de los presbíteros para destacar algunos elementos pedagógicos que contribuyan a su formación permanente.

De entre los muchos elementos teológicos que dan fundamento a la formación cristiana en general y a la formación presbiteral en particular, el autor nos invita a repensar la imagen de Dios y la experiencia del discipulado, de manera que la Caridad Pastoral que ha de distinguir al presbítero se inserte en medio de los nuevos paradigmas que nos ofrece el contexto actual.

* Sacerdote mexicano de la Diócesis de San Juan de los Lagos. Licenciado en Teología Pastoral por el Instituto Teológico Pastoral para América Latina - ITEPAL en convenio con la Pontificia Universidad Bolivariana. Bogotá, Colombia. El presente trabajo hace parte de su tesis de grado: "La formación permanente del presbítero en una cultura híbrida: Contextualización, resignificación y pedagogía. Una propuesta desde América Latina". flovilu@yahoo.com.mx.



Finalmente, combinando aportes teológico-pastorales y elementos pedagógicos, el autor destaca la responsabilidad y la corresponsabilidad en la formación permanente; ésta se enfatiza desde el presbiterio y aquella se desglosa en el auto-cuidado y el Plan de vida para enfrentar el síndrome de Burnout.

Palabras clave: Presbítero, Formación permanente, Imagen de Dios, Discipulado, Caridad pastoral, Responsabilidad.

Toward the Permanent Formation of Priests

Abstract

From the theological foundation of every process of Christian formation, the author examines the life and ministry of priests to highlight some pedagogical elements that enhance permanent formation.

From the many theological elements that anchor Christian formation as well as the formation of priests, the author invites us to rethink the image of God and the experience of discipleship in such a way that Christian charity, which should be the hallmark of the priest, will shine forth in the new paradigms of the present context.

Finally, from theological and pastoral insights, the author underlines responsibility and co-responsibility in permanent formation. This should be assumed by the presbytery and made available through self-care and a program of life to address the syndrome of Burnout

Key words: Priest, permanent Formation, Image of God, Discipleship, Pastoral Care, Responsibility.



El contenido de este artículo está estructurado en tres partes: en la primera parte se enfatiza la imagen de Dios y el concepto de discipulado como dos de los elementos fundamentales de todo proceso de formación cristiana y, por tanto, de la formación permanente del presbítero; en la segunda parte se propone un estudio sobre la Caridad pastoral que ha de distinguir la vocación del ministro ordenado y los nuevos paradigmas que lo desafían; finalmente, en la tercera parte, a partir de la consideración del Presbítero dentro del Presbiterio, se consideran algunos elementos pedagógicos para impulsar su formación permanente.

1. La imagen de Dios y el discipulado como fundamento

Como todo miembro de la comunidad cristiana, el Presbítero cuenta con una gran riqueza de elementos teológicos que dan fundamento a su formación. Conscientes de que el estudio de cada uno de ellos es inagotable y de que uno está siempre en estrecha relación con los otros, se hace una aproximación a dos de ellos por su importancia y actualidad: la imagen de Dios y el Discipulado.

1.1. La imagen de Dios

Como lo expresa Forte (2001), el asunto de la imagen de Dios toma hoy una importancia relevante: "la cuestión de Dios y de la búsqueda de su rostro en estos años de fin de siglo es todo lo contrario que efímera, sino que marca una línea de tendencia decisiva y duradera, a la que los creyentes no deberán escatimar el propio compromiso de la fe y de inteligencia" (Pág. 52). Jiménez (2011) llama la atención sobre la importancia y actualidad de este tema señalando que desde la cuestión de Dios se han de desarrollar los diálogos fe-ciencia, fe-razón, fe-cultura y señalando que es la cuestión donde mejor se expresa el



desafío que la cultura moderna y la ciencia le plantean a la fe; de esta cuestión se derivan posiciones radicales y extremas como el ateísmo, el indiferentismo, el materialismo, el neopositivismo y el fideísmo.

A lo largo de la historia, la imagen de Dios ha ido cambiando y desde estos imaginarios se ha venido identificando a Dios de tal o cual manera, muchas de las cuales no reflejan el verdadero "rostro de Dios", de aquí que se pregunte ¿cómo hablar de Dios hoy? De la imagen que se tenga de Dios dependerán las formas de relacionarse con Él y las maneras de favorecer la formación en los procesos de la fe; por ello es importante tener en cuenta la advertencia de Espeja (2007): "nuestra conducta depende en gran medida de nuestra percepción sobre la divinidad. Según Platón "no hay nada más grande que pensar correctamente sobre los dioses"" (Pág. 227); este tema es tanto más urgente cuanto en distintas esferas sociales se diluye la percepción de Dios. Uno de los propósitos es ofrecer otra visión de Dios por el bien de la salud espiritual, con el fin de superar el sarcasmo de Voltaire que señalaba, si Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, éste le devolvió con creces la moneda.

Las imágenes no son eternas, siempre se originan según los contextos en los que se vive y no pocas veces con el paso de los años se ha confundido la imagen con la realidad, de ahí que una tarea permanente sea discernir y purificar las imágenes de Dios, como lo constata Mardones (2010):

"Ninguna imagen particular ni sus teologías pueden agotar la experiencia y el sentido de salvación realizada por Jesucristo, se puede cambiar el imaginario, por ejemplo: nos salva el amor, no el dolor; nos salva la vida de Jesús con su amor apasionado que le llevó hasta la muerte en la cruz y la resurrección; el amor de Jesús es amor entregado, débil, discreto; Jesús murió por todos, también por los traidores; Dios es aquel que ama todo lo humano como lo señala S. Ireneo; Dios es el Anti-mal que busca en nosotros sus colaboradores; Dios es Vida y a nosotros nos corresponde hacer efectiva su obra (Pág. 90).

Al hacer un breve recorrido por las diversas imágenes que se han venido fraguando sobre Dios, Espeja (2007) señala que en el siglo XIX Nietzsche hablaba de "la muerte de Dios" porque los seres humanos tomarían las riendas de la creación y actuarían por su cuenta, imaginario que contrastaba con el llamado "teísmo" del siglo XVIII cuando la divinidad se consideraba confinada detrás de las nubes o se identificaba con la imagen de un relojero. El siglo XX retomó el pensamiento de Nietzsche para denunciar las percepciones e imágenes falsas de la divinidad, pero le faltó hablar de Dios según el Evangelio, de ello resultó el nihilismo, el vacío ético y la indiferencia religiosa, indiferencia que resultó peor que el ateísmo, ya que éste negaba a Dios y aquella conduce a un estilo de vida sin ninguna referencia a Dios.

Entre las formas como se entiende a Dios es importante destacar su relación con el mundo. Mardones (2010) reflexiona la manera de entender la providencia o presencia de Dios en este mundo y expresa que el Evangelio da pie a entender la presencia de Dios en el mundo como una presencia no directa ni intervencionista (Mt 25,14-30; Lc 19,11-27); sostiene que Dios crea al ser humano con capacidades y le deja la administración del mundo, por lo que concluye afirmando que lo que no hagamos, tampoco Dios lo hará. Dios es el Creador del mundo, el mundo no viene de la nada, los seres humanos hacemos, producimos, creamos; en esto nos parecemos a Dios, somos "imagen suya", pero, a diferencia de Dios, el ser humano puede hacer a partir de algo que ya existe y Dios crea sin ese previo. Por eso, la mejor manera de entender la presencia de Dios en el mundo es como creador y sustentador, como posibilitador e impulsor. Mardones (2006) enfatiza esta presencia de Dios con la imagen del dinamismo lineal que muchos han reflexionado:

"Pensar en un Dios que interviene manejando el mundo es rebajar a Dios. Es meterlo a "mecánico del mundo", cuando es su Creador. Por eso las mejores mentes de la humanidad, lo han pensado como el secreto dinamismo que recorre el mundo; el dinamismo del dinamismo. Esto es lo que santo Tomás de Aquino o los pensadores islámicos y judíos de la Escuela de Bagdad (del año 800 en adelante) ya afirmaron: a Dios no se le puede imaginar como una cosa más



entre las cosas de este mundo o como un superman que maneja el mundo, sino como su raíz, origen, fundamento, dinamismo" (Pág. 47).

Andrés Torres Queiruga, uno de los grandes teólogos que han impulsado el análisis sobre la imagen de Dios, al finalizar el siglo pasado se preguntaba ¿cómo liberar a Dios de malentendidos? proponía ir superando en occidente esa imagen de un Dios terrible y culpabilizador que, como decía Nietzsche, mata la inocencia. Dios no impone nada, no es una sobrecarga en la tarea de realizarnos; Dios entra en la vida y en la historia del hombre únicamente para ayudar para acompañar, apoyar e iluminar potenciarnos desde dentro. Esto anima al creyente que parte de la confianza de que el esfuerzo está acompañado por Dios, a ejemplo de los padres de familia que no tienen otro deseo que el de guiar y orientar.

En relación al pecado, Torres Queiruga (1996) insiste en evitar la idea de que el pecado es un mal que se hace a Dios. Se hace la pregunta, ¿qué daño le puede hacer el hombre a Dios? El único interés de Dios en la historia es el ser humano, por lo tanto toda palabra suya no tiene otro interés que el humano; como lo ha dicho Santo Tomás: "pues a Dios no lo ofendemos por ningún otro motivo que el de obrar contra nuestro bien". Este concepto queda claro con el símil de la vida familiar: ¿a quién daña el hijo si no hace caso de las recomendaciones de sus padres? En definitiva el pecado no daña a Dios, sino que daña al hombre; de la misma manera se puede afirmar que Dios no castiga, sino que perdona. Torres (1996) dice: "Dios es perdón y comprensión; es el hombre quien, bajo el peso de la culpabilidad, lo convierte en juez a base de los fantasmas producidos por su angustia" (Pág. 234).

De la imagen que se tenga de Dios se seguirá una visión particular del hombre. La visión determinista (DP 308-309), psicologista (DP 310), economicista (DP 311-313) y cientista (DP 315) están muy condicionadas por la imagen que se tiene de Dios. "La 'no creencia' es un fenómeno que designa realidades muy diversas. Se manifiesta por explícito rechazo a la divino como la forma más extrema, pero, más frecuentemente, por deformaciones de la idea de Dios y de la religión, interpretados como alienantes. Esto se aprecia bastante en

los ambientes intelectuales y universitarios, en medios juveniles y obreros. Otros equiparan las religiones y las reducen a la esfera de lo privado. Finalmente, crece el número de quienes se despreocupan de lo religioso, al menos en la vida práctica” (DP 1106).

El Presbítero, como todo cristiano, en sus procesos de formación deberá tomar conciencia de la imagen que tiene de Dios, imagen que define las características de su manera de ser cristiano. En orden a discernir y purificar la imagen de Dios conviene, siguiendo a Mardones (2010), tener en cuenta los siguientes puntos:

- Dios es intencionista, pero no es intervencionista. Lo cual quiere decir que Dios no interviene en el mundo fuera de nosotros, lo ha dejado en nuestras manos.
- Dios obra el mundo, pero no obra en el mundo. Lo que precisa la actuación de Dios en el mundo, siempre en respeto a su obra.
- Dios siempre actúa con nosotros. Esto nos lleva a considerar la actuación de Dios siempre a través de, en, con nosotros, pero nunca fuera de nosotros como si fuera una acción mágica.
- En todo interviene Dios para bien de los que le aman (Rom 8,28). Dios en todo momento está con nosotros y sólo está buscando nuestro bien.

La purificación de la imagen de Dios también se expresa a la hora de hacer oración, al enfatizar más *te presentamos Señor...*, en vez de, *te pedimos Señor*. Esta variante hace avanzar en otra pedagogía, la que hace superar el intervencionismo mágico divino y hace pasar a la comprensión de que el ser humano es copartícipe de una nueva creación, así actuamos como corresponsables con Dios.

1.2. El Discipulado

El discipulado fue uno de los principales temas de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano; sin ser un tema nuevo, expresa una preocupación muy actual por vivir mejor el cristianismo, como lo deja ver Forte (2001): “el futuro del cristianismo o será más marcadamente espiritual o místico, y, por tanto, rico de experiencias del Misterio divino y de reflexiones hechas a partir de ellas, o podrá contribuir bien poco a la crisis y al cambio activo del mundo”.



Para avanzar en la comprensión de la naturaleza del discipulado conviene partir de lo que señala Mardones (2010): “El Jesús que quiere comunicar “la buena noticia” de Dios busca enseguida compañeros para la tarea del Reino (Mc 1,14-21), el discipulado sería la expresión de esta necesidad de colaboración que Dios pide.” (Pág. 53).

Aparecida va al núcleo del origen del discípulo y en su numeral 243 puntualiza:

“El acontecimiento de Cristo es, por lo tanto, el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. Esto es justamente lo que, con presentaciones diferentes, nos han conservado todos los Evangelios como el inicio del cristianismo: un encuentro de fe con la persona de Jesús (Cf. Jn 1,35-3)”.

Es importante profundizar en estos temas para comprender mejor el origen y la naturaleza de discípulo desde el encuentro con Jesucristo para superar viejos esquemas y asumir el perfil propio como lo desarrolla el Obispo Francisco González (s.a.):

“Es el que aprende, acoge y se deja transformar por la palabra y el espíritu del maestro. Jesús no necesita de unos profesionales de la religión; no busca hombres de culto, ni tampoco devotos en el plano normal de esa palabra. Necesita y busca unos buenos trabajadores, conforme a un criterio y simbolismo muy preciso: solo aquellos que saben pescar bien en este mundo podrán volverse buenos pescadores para el reino. En otras palabras, Jesús convoca a los que están de alguna forma atareados, a los que saber hacer algo y pueden ya aplicarlo desde y para el reino” (Pág. 14).

Si bien el discipulado ha de ser una experiencia de todos cristiano, Aparecida dedica todo un apartado para especificar de qué manera los Presbíteros están llamados a vivirlo: pide al presbítero

Llevar una vida centrada en la escucha de la Palabra de Dios (DA 191); le indica que no debe de considerarse como simple delegado, sino como un don para la comunidad, indicando que está llamado a ser discípulo; exige al presbítero ser no sólo alguien que muestra el camino, sino quien lo recorre estando a los pies de Jesús (DA 193); quien ha de profundizar la experiencia con Dios y vivir dócil a las mociones del Espíritu (DA 199).

En el pasaje de Mt 4, 18-22, en la llamada que Jesús hace a los cuatro primeros discípulos, los especialistas han reconocido la escena más paradigmática e ideal respecto al discipulado. Los cuatro responden al llamado y su respuesta se convierte en seguimiento que es registrado con la aparición de un verbo muy importante en cuanto el discipulado (akoluthéo, seguir). En este texto se descubre claramente que el discipulado hunde sus raíces en la iniciativa divina, por lo que el llamado se convierte en el inicio de otro estilo de vida para los discípulos, también es significativo que el lugar de estos hechos se den en Galilea, lugar de paganos, de obscuridad, tierra de muerte.

Sin pretender agotar el tema, conviene destacar algunas características que han de distinguir la vida de quien ha aceptado la experiencia de discipulado.

Una primera nota es “saber estar con Él (Mc 3,14), lo cual significa saber vivir en compañía de Jesús. Los discípulos se van transformando en la nueva familia de Jesús, son los cumplidores de la voluntad del Padre (Mc 3,35). En este aspecto Benedicto XVI (2007) expresa que los Doce tienen que estar con Él para conocer a Jesús en su ser uno con el Padre y así poder ser testigos de su misterio, tienen que pasar de la comunión exterior a la interior. El estar con Jesús conlleva por sí mismo la dinámica de la misión.

Hecho constatable en las páginas del Evangelio, y que se va convirtiendo en una de las características principales, es lo que Jesús más les pide a sus discípulos: la vivencia del amor. González señala que la nueva comunidad de los seguidores de Jesús, o como lo llama G.N. Stanton “the new people”, viviendo concretamente el amor, sobre todo el amor al prójimo, al más necesitado, testimonia ser el verdadero Israel, establecido para la salvación.



Si se acepta vivir como discípulo se tienen que vivir muchas renuncias; el ejemplo está en los apóstoles que dejaron la vida del mar, sus redes, sus padres (Lc 14,26); otros, como Mateo (Mt 9, 9), dejaron su trabajo. El verdadero discípulo renuncia a los bienes materiales, los honores sociales y religiosos.

Después de haber sido llamados al grupo de discípulos entran en un proceso que implica un crecimiento continuo. Primero se les invita a ser testigos, luego a fungir como maestros para, finalmente, ser enviados. Un Presbítero que vive su discipulado siempre tiene como referencia a Cristo, nunca termina su formación, ni deja de caminar para enseñar a los demás a avanzar en su vida.

PDV 26 señala que la mejor manera de ser discípulo es “permaneciendo” en la escucha de la Palabra, por ella conocerá la verdad y tomará conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado desde la “docibilitas”. Lo que un ministro ordenado vive, eso contagia a su comunidad.

Asumir la experiencia del discipulado tiene muchas implicaciones, a continuación se destacan algunas de ellas:

- El proyecto de vida del discípulo será “hacerse como Jesús”, hasta seguir los criterios del Maestro. Esto supone mantenerse en un permanente aprendizaje (*docibilitas discipular*), porque el hombre nunca termina de aprender.
- El discipulado implica la oración en común y personal. La oración era una experiencia común en el pueblo judío, era parte de su vida como pueblo, ahora se convierte en condición para los discípulos a fin de estar en comunicación con el Padre Dios.
- El verdadero discípulo vive alegre. Hoy muchas gentes viven la desolación, la tristeza, la depresión; el discípulo mostrará el rostro de Dios con alegría, vivirá otro estilo de vida gozoso, aún en medio de las persecuciones (Mt 5,11). Descubrir que Dios solo quiere el bien del hombre, es vivir la alegría que muestra a sus discípulos en el sermón de la montaña (Mt, 5,3-10). También el documento de Aparecida (DA 28) señala que la característica

del discípulo es la alegría de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio.

- Este estilo de vida discipular será posible si se tiene una experiencia cumbre. Prada (2007), siguiendo el pensamiento de A. Maslow, expresa que la experiencia cumbre es el resultado de profundas experiencias a otros niveles: estéticos, religiosos, creativos, etc. Al hablar sobre esta vivencia de Dios y los alcances que puede llevar, presenta la experiencia de San Juan de la Cruz:

“Yo no supe dónde entraba.
 Pero cuando allí me vi
 sin saber dónde estaba,
 grandes cosas entendí;
 no diré lo que sentí
 que me quedé no sabiendo
 toda ciencia trascendiendo...” (Pág. 147)

2. La caridad pastoral de siempre y los nuevos paradigmas

Si bien el Presbítero, como todo miembro de la comunidad cristiana, ha de tener en cuenta los elementos teológicos fundamentales en sus procesos de desarrollo, no puede prescindir de los elementos teológicos pastorales propios de su vocación específica. En este apartado se consideran dos de ellos: la caridad pastoral y los nuevos paradigmas.

2.1. La caridad pastoral

La caridad pastoral no sólo expresa acertadamente la centralidad de la espiritualidad propia del Sacerdote diocesano, sino que su puesta en práctica expresa el nivel de formación integral que ha cultivado el ministro ordenado y que ha de ser punto de referencia para una formación permanente.

PDV 23 nos ofrece los elementos básicos para acercarnos a la naturaleza de la caridad pastoral:

“El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el



don de Cristo y a su imagen. "La caridad pastoral es aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es sólo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo por su grey. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente. Y resulta particularmente exigente para nosotros. Con la caridad pastoral que caracteriza el ejercicio del ministerio sacerdotal como "amoris officium", el "sacerdote es capaz de hacer de éste una elección de amor, para el cual la Iglesia y las almas constituyen su principal interés; el don de sí no tiene límites".

El ejercicio de la caridad pastoral, como lo señala PO 14 y 15, se convierte en el vínculo que une el ser y el quehacer del Presbítero y el motor que impulsa la comunión con el Obispo y con los demás Presbíteros para entregarse al servicio de Dios y de los hermanos, "gastándose y desgastándose en cualquier servicio que se les haya confiado, aunque sea el más pobre y humilde" (PO 15).

Toda persona necesita un principio unificador que de especificidad a su identidad, consistencia a su programa de vida y un estilo a su pensamiento; este principio en la vida de los Presbíteros debe ser la caridad pastoral, como lo expresa PDV 23: "el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la caridad pastoral, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo".

La caridad pastoral se traduce y se manifiesta en muchos aspectos, como lo expresa Rubio (1999):

Un primer aspecto de la caridad pastoral es la "sensibilidad del corazón" que hace capaz de comprender las necesidades, intuir las preguntas no expresadas, compartir las esperanzas, las alegrías y los trabajos de la vida ordinaria (PDV 72). Es la sensibilidad que se descubre en Jesús, en su corazón lleno de misericordia. Este tema de la sensibilidad tiene hoy nuevos ámbitos y nuevos derroteros, como lo señala Castillo (2005):

“Aún con todas las deshumanizaciones que podamos recordar, es incuestionable que la moderna preocupación por las víctimas es, no sólo el gran estreno antropológico de nuestro tiempo, sino además el gran motor que, sin darnos cuenta de lo que realmente está pasando, nos acerca cada día más al espíritu y a la letra del Evangelio. En este sentido cito a Girard: ‘puesto que pesar víctimas está de moda, juguemos a ese juego sin hacer trampas. Analicemos primero el platillo de la balanza donde están nuestros logros’” (Pág. 113).

Como lo reflexiona Idiáquez (2010), la actitud compasiva (Lc 6,36-38) facilita el despojarse de todo lo que es arrogancia y prepotencia en la relación humana. En Hebreo compasión es el plural del nombre que en singular significa útero. En este sentido, la compasión hace relación a todo lo que es vida, cuidado, lo que brota de lo profundo del corazón y de las entrañas (Pág. 105).

Otro aspecto de la caridad pastoral es la “donación de sí mismo” que se traduce en un darse “sin límites”. Aunque un Presbítero pertenece a una Iglesia local, su caridad pastoral lo lleva a vivir sin límites geográficos y a servir más allá de las ovejas de su rebaño, sin límites “confesionales” y sin límites de tiempos, pues implica toda la vida.

Un tercer aspecto de la caridad pastoral es la “radicalidad evangélica” ante los múltiples desafíos. Figuras como la de Bartolomé de las Casas o Antonio de Montesinos, quienes oponiéndose a los poderes de su tiempo llegaron a situaciones radicales en la defensa de los indios de América Latina, vienen a ser expresión concreta de esta radicalidad.

2.2. Los nuevos paradigmas

Confrontada con los nuevos desafíos del contexto actual, la caridad pastoral de siempre demanda cambio de paradigmas en la vida y ministerio del Presbítero, paradigmas que se convierten también en puntos de referencia para su proceso de formación permanente.

Uno de los cambios de paradigmas que hoy más se exige es el paso de un Presbítero enfocado en la vida sacramental, a un Pres-



bítero enfocado en la evangelización. Este paradigma centrado en la evangelización no es nuevo en los escritos, cuando se leen los documentos de la Iglesia queda claro que la vida de los ministros ordenados está enfocada en la evangelización; sin embargo, con algunas loables excepciones, en la práctica la vida del ministro está centralizada en lo cultural.

El Padre Andrés Vela (2011) en su obra *“Re-evangelización para los Cristianos “Paganos”* señala que, siguiendo el documento de Medellín, la palabra que debe hoy mencionarse es Re-evangelización. El motivo de su argumentación es doble: uno es porque la evangelización nunca tuvo lugar y otro es que en las circunstancias culturales actuales la fe está ausente en la práctica concreta.

“Esta re-evangelización debe responder a las instancias de un mundo cultural pagano –aunque con reminiscencias cristianas– para reencontrar el sentido de novedad del anuncio evangélico en la historia presente. Se saben las palabras cristianas, pero éstas no tienen ningún sentido vital ni corresponde a la cultura ni a significaciones históricas del tiempo, ni dan ningún sentido real a su vida. El mensaje ha perdido novedad y sentido” (Pág. 16).

El nuevo escenario de las comunidades cristianas y de los Presbíteros dentro de ellas, es una situación de diáspora frente a un mundo, en los hechos, paganizado; los paganos de hoy no vienen de otros lugares, sino que provienen de las que se llaman “comunidades cristianas”. Este nuevo escenario exige el cambio de paradigma señalado.

Otro cambio de paradigma que se exige hoy es el paso de un Presbítero formado de una vez y para siempre, a un presbítero en formación permanente.

Durante muchos años el estilo de vida de la sociedad y de los Presbíteros, era un estilo que permanecía durante décadas. Se aseguraba que la forma como se había formado durante la formación inicial respondería a las situaciones que se encontraría en adelante. Hoy somos conscientes de que el mundo vive una transformación vertiginosa; hoy existe otro mundo y no basta una formación inicial sólida.

Las grandes transformaciones y la pluralidad en la que nos vemos envueltos no son necesariamente amenazas; es necesario descubrir los caminos por donde sea posible llegar a una mejor vida de fe, como lo expresa Fossión (2011):

“El cristianismo atraviesa por una crisis muy profunda. Muchas personas de familias tradicionalmente cristianas se han alejado de la fe que recibieron. No obstante, la fe cristiana sigue siendo posible en este contexto, aunque ahora es más bien una opción pastoral que se debe madurar libremente en el diálogo y que ha de cohabitar con otras convicciones filosóficas y religiosas. Esta situación interpela a los cristianos y los invita a considerar de manera totalmente renovada la misión de anunciar a todos la Buena Nueva en el actual contexto sociocultural” (Pág. 34).

Otro cambio de paradigma, éste referido al área de la acción pastoral, es el paso de un Presbítero que se preocupa por un plan pastoral de encuadramiento a un Presbítero que procura un dispositivo pastoral de engendramiento.

En las distintas Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano se ha ido insistiendo en la necesidad de una acción pastoral planificada. Así, Río de Janeiro No. 54 hablaba de un plan en cada Diócesis, Medellín No. 15 y Santo Domingo No. 102 se expresaron por una pastoral planificada especialmente desde una pastoral de conjunto y Puebla (Nos. 650, 674 1222, 1307) impulsó, en la mayoría de las Diócesis de América Latina, los planes Diocesanos de Pastoral que tanta efervescencia y frutos produjeron en el caminar de la Iglesia en este Continente. Todo esto fue originando una manera cada día más común de pensar y de trabajar donde la mayor parte de las acciones pastorales se planean.

Dado que no siempre se ha realizado una adecuada planeación y muchas veces este esfuerzo ha desembocado en un “encuadramiento pastoral”, siguiendo el pensamiento de André Fossión, jesuita que trabaja en el instituto de pastoral “Lumen Vitae” de Bruselas, ahora se va a hablar de “dispositivo pastoral”, cuyo objetivo es conducir a una pastoral de engendramiento.



Este “dispositivo pastoral” se orienta a favorecer la sinergia del mayor número posible de elementos que se tengan en la comunidad, de todos los ambientes, instituciones y actores; se espera que el ministro sea factor de comunión en medio de todas estas fuerzas de manera que entre todos los hombres y desde los distintos foros, se busquen mejores condiciones de vida para la sociedad. No se trata exclusivamente de aquello que parte de un plan orgánico de pastoral, sino de dar el paso a un cambio de paradigma que tenga ahora como punto de partida la disposición de la persona a estar engendrando nuevos elementos, nuevos factores, nuevas organizaciones, para hacer posible la revitalización de la vida de nuestros pueblos.

El teólogo belga, Fossión (2011) con el concepto de “dispositivo pastoral” establece una diferencia con la pastoral basada en un plan donde los objetivos se pueden establecen “desde arriba”, desde los que en la práctica “saben” u “organizan con su buena intención”:

“Entiende que es lo que ésta organiza, de tal manera que es capaz de ponerse a la escucha de las aspiraciones de los pueblos, de discernir los signos de los tiempos, de apoyarse en recursos vivientes permitiendo así la novedad. Al contrario del “plan”, que es impuesto desde arriba, la función del dispositivo es “hacer posible”. Al estar a la escucha de las aspiraciones presentes, el dispositivo se pone al servicio de todo aquello que está por nacer, con competencia, discernimiento y humildad. La pastoral de engendramiento no responde a la lógica empresarial sino, más bien, a la lógica de la emergencia. El “dispositivo” no parte del imaginario del poder que se detenta sino que busca apoyarse en los recursos que se encuentran y se manifiestan en el medio. El “dispositivo pastoral” admite comienzos no programados de antemano, pues escucha y entiende confiando en las fuerzas vitales presentes” (Pág. 81).

Aunque sin duda se pueden encontrar muchos paradigmas que transformar, uno de suma importancia es pasar de un Presbítero aislado y alejado del mundo a uno que asume la empatía como mística.



Rotsaert (1999) explica la empatía de la siguiente manera: “significa meterse debajo de la piel del otro (ponerse en su lugar), tratar de acercarse a lo que él siente, a aquello que vive intensamente. Con esta actitud trata de sintonizar con quien se le pone delante como el otro, único e irrepetible, o sea, el diferente de mí (Pág. 298).

Dentro de las distintas maneras como deben de vivir la virtud de la empatía, “para construir la Iglesia, los Presbíteros deben tener con todos un trato exquisitamente humano, a ejemplo del Señor. Deben portarse con ellos no según los gustos de los hombres, sino conforme a las exigencias de la enseñanza y de la vida cristiana. Han de enseñarles y advertirles como a hijos muy queridos según las palabras del apóstol: “*insiste a tiempo y a destiempo, corrige, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina*” (2 Tim 4,2)” (PO 6).

La exhortación “*Pastores Dabo Vobis*” señala algunas exigencias: “el Presbítero de hoy debe ser, en relación con todos los hombres, el hombre de la misión y del diálogo. Está llamado a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y de la paz, de manera especial con los pobres y los más débiles” (PDV 18). La virtud de la empatía lleva a vivir con un corazón sensible, aspecto que conduce a la persona a pasar de la indiferencia a la atención hacia los demás, paso que parece simple, pero que para llegar a ser realidad es necesaria una verdadera conversión.

Por su parte el Obispo Miguel Romano en su libro “*Retos para el Sacerdote en este cambio de Época*” insiste en que el mejor regalo es un trato lleno de amor con las personas, por eso expresa: “cualquier gesto de prepotencia, imposición o desprecio trae graves consecuencias para la pastoral, pues el mundo plural que vivimos tiende más hacia la participación y colaboración, que hacia la centralización de funciones (Pág. 44)”.

Prada (2007), recurriendo a Rogers, integra empatía con coherencia y aceptación incondicionada; señala que son necesarias para que se inicie un proceso de actualización de todas las potencialidades del individuo. Aplicando la Empatía a la vida del Presbítero se puede decir que significa, “ponerse en lugar de”, “mirar con los ojos de”,



tratar de ver la situación problemática de la gente. Pretcht (2002), con el ideal de ser una “iglesia acogedora”, insiste en tener un corazón acogedor, que muestre lo más hondo del ser Sacerdotal y que tiene su origen en la Santa Trinidad, “La acogida no es una táctica, no es sólo dinámica de grupo. La acogida es un acto de amor, gratuito, profundo, que se funda en la fe en el Dios de Jesucristo. Así se aprende de Abraham (Gn 18), de Tobit (Tob 1-3,6), de San José (Mt 1,18-25), por nombrar a los más significativos” (Pág. 67).

En este tiempo, ser Pastor al estilo de Jesús significa llevar una vida diferente a la que se vivía antes del Concilio Vaticano II. Con razón o sin ella, se identificaba al Sacerdote con la parroquia, la notaría (despacho) parroquial, la casa parroquial, etc..., haciendo énfasis en los sacramentos en la mayoría de las ocasiones y un poco menos en su vivir en el mundo, como lo propuso el Concilio en LG, PO, OT, por mencionar algunos documentos. Por ello Rubio (1999) indica:

“El pastoreo consiste fundamentalmente en el establecimiento de relaciones personales que están hechas de cercanía, de comprensión, de escucha, de empatía. Y que se establecen no sobre la base de la clientela, del mercado, del número, sino de la persona en su individualidad. ‘El presbítero que no es capaz de establecer una relación auténtica con los otros llega no raramente a renunciar a su tarea retirándose a su propia cáscara, o bien, a exasperar la dimensión apocalíptica del anuncio hacia fuera y el sentido de la autoridad al interior de la comunidad cristiana’” (Pág. 61).

Si se toma con seriedad la imagen que mucha gente tiene de la función y misión de los Presbíteros, uno de los conceptos que más aparece es el de bendecir. Rubio (1999) destaca que esta es una de las tareas ordinarias del ministerio ordenado, ya que se llama y se acude a él, para “bendecir”, lo cual esté estrechamente ligado a la empatía que exige un trato cordial, de bendición, esto quiere decir que las palabras malsonantes, los malos tratos, la discriminación de personas, la mentalidad negativa, así como las reflexiones (homilías) que se pronuncian cargadas las tintas en la línea de las maldiciones, los castigos, las miserias humanas, etc..., son indicadores de un estilo

de vida contrario a Jesús que pasó su vida bendiciendo a los niños (Mc 10,13-16), alabando-bendiciendo al Padre por la labor de sus discípulos (Mt 11,25-27) y bendiciendo a sus discípulos (Lc 24,50-51).

Retomando estos paradigmas y recogiendo la reflexión de Rubio (1999) se destaca que hoy los Presbíteros han de encarnar la solicitud por el bien de todos los que están a su lado, por todos los hombres, sean creyentes o no; han de saber que el bienestar no radica sólo en los valores espirituales, sino en todo lo que nos conduzca a un estilo de vida más humano y han de comprometerse en esta tarea; hoy deben ser conscientes de que ofrecen su palabra como una propuesta en medio de otras propuestas que otros ofrecen en el mundo; en cuanto a su vivencia del poder, lo deben vivir como servicio. En este último Castillo (2005) precisa:

“Si algún tipo de dominación puede ejercer un dirigente religioso, sería lo que el mismo Weber llama la dominación carismática, que no se basa en ninguna “carrera”, en ningún “ascenso”, en ningún “sueldo”. La autoridad del carismático que influye en los otros, no por la fuerza, sino por la convicción de lo que él es y su forma de vivir. No le falta razón a Weber cuando afirma que “el destino del carisma queda pospuesto a medida que se desarrollan las organizaciones permanentes” (Pág. 132).

3. Responsabilidad y corresponsabilidad en la formación permanente

Los elementos teológicos y pastorales que impulsan el desarrollo vocacional de todos los bautizados, así como los elementos vocacionales específicos que favorecen el mejoramiento de la vida y el ministerio del presbítero han de complementarse con propuestas pedagógicas pertinentes para que tales principios no se queden en una reflexión desencarnada. Su puesta en práctica ha de reconocer la responsabilidad de cada presbítero, a la vez que la corresponsabilidad de toda la comunidad cristiana, particularmente la corresponsabilidad del presbiterio del cual forma parte.



3.1. *Presbítero en el Presbiterio*

El mundo de hoy tiene una fuerte tendencia al individualismo: se prefieren los intereses personales a los comunitarios, se defiende el subjetivismo a ultranza, se vive muchas veces dominado por los sentimientos y por ello cuando se toman decisiones se hace tomando como referencia lo que gusta, lo que interesa, lo que hace sentirse bien, etc.

Es necesario no perder de vista estos aspectos a la hora de reflexionar sobre la vida y el ministerio de los presbíteros, así como a la hora de considerar su formación permanente ya que, como señala Rubio (1999), estas características son el trasfondo de las tendencias al aislamiento de los presbíteros, su impulso a obrar de manera individual, como si cada parroquia fuera una diócesis. Así, cada presbítero se considera como el protagonista de la "iniciativa evangelizadora", se considera agente de salvación, tiene el sueño de cambiarlo todo.

Frente a esta tendencia es importante no perder de vista lo que ya el Concilio Vaticano II indicaba para que los ministros ordenados superen el individualismo con el sentido comunitario que tiene su realización concreta en el "presbiterio". "Los Presbíteros, instituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad del sacramento. Forman un único Presbiterio especialmente en la diócesis a cuyo servicio se dedican bajo la dirección de su obispo" (PO 8). Cada uno está unido con los demás miembros del presbiterio por los lazos especiales de amor apostólico, ministerio y fraternidad; sintiéndose hermanos, los consagrados no han de olvidar la hospitalidad, deben practicar la beneficencia y la comunidad de bienes; han de preocuparse, sobre todo, de los enfermos, los afligidos y los demasiado agobiados por los trabajos, los aislados, los exiliados y los perseguidos. En el mismo sentido se expresan *Lumen gentium* y *Christus Dominus*: los Presbíteros son colaboradores de los obispos y forman con el obispo un único presbiterio, dedicado a las diversas tareas (LG 28), con él celebran la Eucaristía (LG 41); en cuanto que ejercen el único sacerdocio de Cristo, forman un único Presbiterio y una única familia, cuyo padre es el Obispo (ChD 28).



Juan Pablo II, en distintas intervenciones, en diversos momentos y en medio de variadas circunstancias culturales, insistió en esta realidad de la vida y ministerio del Presbítero dentro de un presbiterio. Rubio (1999) destaca una de las aportaciones del Papa realizada en Nigeria, al dirigirse a los presbíteros cuando les decía: “ningún sacerdote puede trabajar él sólo... El auténtico sacerdote conservará el amor y la unidad del Presbiterio.” (Pág. 47). Una de las principales características del Presbítero debe ser formar parte de un Presbiterio, a este respecto Rubio (1999) expresa:

“El carisma del ministerio presbiteral no es un carisma aislado, solitario, sino que se halla en el núcleo de una amplia red de relaciones. No se es presbítero por sí y para sí. El ministerio presbiteral es encomendado “colegialmente”. La ordenación inserta en un “cuerpo”. Se es introducido por el sacramento en un “orden”, en una compañía, en un “cuerpo” o “colegio”, en una fraternidad” (Pág. 23).

El Presbítero no recibe la misión para sí mismo, como tampoco es referencia de sí mismo, como si gozara de un don que se ha ganado o ha recibido por contar con determinados talentos. “el ministerio de los Presbíteros es, ante todo, comunión y colaboración responsable y necesaria con el ministerio del Obispo, en su solicitud por la iglesia universal y por cada una de las iglesias particulares, al servicio de las cuales constituyen con el Obispo un único Presbiterio” (PDV 17).

Si bien no se puede negar la responsabilidad de cada ministro ordenado en su formación permanente, es indispensable que esta tarea se asuma a la vez como tarea de cada uno y como tarea compartida con este presbiterio del cual forma parte.

Ante los riesgos de una vida de soledad, así como para superar la rutina ordinaria de la vida, PO 6 presenta algunas alternativas: “Es de desear que éstos (los Presbíteros) se reúnan en grupos de amigos para ayudarse unos a otros y vivir cristianamente, con más facilidad y plenitud en la vida, a menudo difícil. Los Presbíteros han de tener presente que todos los religiosos, hombres y mujeres, merecen una atención especial en orden a su progreso espiritual para bien de toda la Iglesia, pues son parte excelente de la casa de Señor”.



Para que puedan los Presbíteros librarse de los peligros que pueden venir de la soledad, hay que fomentar alguna forma de vida común o alguna comunidad de vida entre ellos. Puede ésta adoptar diversas formas según las necesidades personales y pastorales: si es posible vivir juntos, comer juntos o al menos encuentros periódicos y frecuentes. El Presbiterio del obispo con todos sus sacerdotes, funcionará como una familia, como un equipo apostólico caracterizado por su alegría, por el mutuo entendimiento y por el amor fraterno.

Sin dejar de enfatizar el apoyo del presbiterio, otro elemento que puede fortalecer la vida de los Presbíteros es la vivencia de pequeñas comunidades de vida, que sean un espacio donde se fortalezca la vida personal y comunitaria, aspecto que destaca Medina (2005): “con estas pequeñas comunidades se busca construir un nuevo tejido eclesial en el que la Iglesia se reconozca comunidad de comunidades. Es necesario renovar la comprensión de la misión de la parroquia asumiéndola como comunidad de comunidades, como fraternidad animada por un espíritu de unidad. Lo cual significa involucrarnos en el proceso de construcción de la comunidad” (Pág. 378).

3.2. El auto-cuidado

Este tema no es nuevo, de distintas maneras se ha considerado en la vida de todo hombre y de toda cultura; ya desde los orígenes de la filosofía griega se consideraba como parte de la vida, no solo desde un aspecto estético sino también ético. Más recientemente, al analizar este tema López (2011) señala que ya en los años ochenta surge la teoría del auto-cuidado con Dorothea Orem y que en 1986, Foucault se refiere al auto-cuidado como fundamento de la ética.

Dorothea Orem (1991), en el libro “self-care Deficit Theory” define el auto-cuidado de la siguiente forma: “the practice of activities that individuals initiate and perform on their own behalf in maintaining life, health, and well-being”. Esta definición incluye algunos elementos que Orem describe:

“a) self-care is ego-processed activity, which is learned through the individual’s interpersonal relations and communications; b) each adult person has both the right and

responsibility to care for self; this may include responsibilities for others, such as infants, children, the aged, or an adolescent; and c) an adult may need assistance from time to time to accomplish self-care. Self-care is not assumed to contribute to the positive nature of the health state. However, it is assumed that at the time when the individual first selected and performed the self-care action, it was done with the understanding that it was related in some way to health or well or well-being” (Pág. 16).

Es innegable que muchos Presbíteros encuentran gran dificultad para procurar este auto-cuidado debido el ritmo de vida que llevan; no es sencillo que superen su rutina cotidiana, no se percibe mucha disponibilidad para sacrificar sus gustos y, aunque pareciera extraño, tampoco es común que lleven una vida de disciplina y hábitos saludables en la comida y los demás aspectos relacionados con su salud. De aquí la necesidad de fortalecer las habilidades del auto-cuidado en la vida de los Presbíteros; López (2011) precisa que “debe ser un estilo de vida que le permita desarrollar mejor sus dimensiones de identidad, afectividad y misión realizante” (Pág. 83).

De muchas maneras la iglesia ha insistido en que se procure este auto-cuidado; el mismo Catecismo de la Iglesia Católica (1992) lo menciona en los números 2288 al 2291 y hace las siguientes indicaciones: la vida y la salud son bienes preciosos confiados por Dios; el cuidado de la salud de los ciudadanos requiere la ayuda de la sociedad; la moral exige el respeto de la vida corporal, aunque no sea un valor absoluto; la virtud de la templanza conduce a evitar toda clase de excesos (comida, bebida, medicinas, etc...).

Helena López ha hecho un análisis concienzudo del estilo de vida de los Presbíteros y ha realizado diversos estudios de campo para lograr recapitular el mayor número de elementos sobre el auto-cuidado. Muchos de los resultados que ha encontrado no son ciertamente alentadores ya que en el ministerio de los consagrados se descubren muchas situaciones de descuido, inconsciencia e ignorancia:

“Es necesario que los sacerdotes reciban capacitación para el desarrollo de aptitudes y conductas dirigidas a lograr



cambios positivos con respecto a sus estilos de vida. Así, podrán establecer prácticas más apropiadas de autocuidado en las dimensiones de su salud física, mental y espiritual, siempre dentro del contexto presbiteral diocesano que caracteriza su identidad. Más aún, el autocuidado debe concebirse también dentro del contexto profesional de las personas que cuidan de otros” (Pág. 83).

Dentro del autocuidado es importante conocer algunas técnicas de relajación, sobre todo si se tiene en cuenta que se viven tiempos donde el activismo es el común denominador de la vida de los Presbíteros; puede ser que sin darse cuenta, la vida se realice con un frenesí que no deja espacio para entrar en sí mismo, para tomarse un respiro ante las demandas que pueden ser asfixiantes. Este es un tema que en pocas ocasiones se trata porque se considera una pérdida de tiempo, un sinsentido ante las muchas cosas que se pueden hacer; de igual forma sucede con los ministros, ya que el lenguaje más común está centrado en los trabajos pastorales, de aquí que pocas veces en ese medio se escuche hablar de dejar un espacio para practicar la relajación. Para poder superar este activismo sería conveniente tomar en consideración lo que propone la espiritualidad cristiana oriental y ejercitarse en prácticas de relajación que realizaron los Santos Padres del desierto.

En el auto-cuidado tiene un lugar especial la meditación como manera de encontrarse con Dios, con los demás y consigo mismo. Benson (1995) hace el siguiente señalamiento:

“Meditation is therefore not a form of sleep; nor can it be used as a substitute for sleep. Meditation evokes some of the physiologic changes that are found in sleep, but the two are not in any way interchangeable, nor is one a substitute for the other. In fact, a look into the sleeping habits of meditators left us with reports that some slept more after regularly practicing meditation and other less. Some noted no change at all.

Along with the drop in oxygen consumption and alpha-wave production during meditation, there is a marked decrease in blood

lactate, a substance produced by the metabolism of skeletal muscles and of particular interest because of its purported association with anxiety" (Pág. 92).

Otra forma concreta de realizar el auto-cuidado puede ser practicar la respiración diafragmática, como un estilo de vida que fortalezca la vida de oración.

Un punto muy acorde con toda la temática de la formación permanente, y en continuidad con la teoría de la docibilitas, es el punto referido al desarrollo de las capacidades intelectuales y la prevención del deterioro cognitivo. Para llevar a cabo dicho desarrollo es importante aprovechar los últimos descubrimientos de la ciencia, porque durante muchos años se tenía la idea de que el cerebro iba entrando en un estado de envejecimiento con el paso de los años; en cambio hoy, los nuevos aportes de la ciencia nos hablan de la neuroplasticidad, o sea, la capacidad que tiene el cerebro de renovar o reconectar sus circuitos neuronales y así poder realizar nuevas tareas. López (2011) por ello señala, que, debido a la neuroplasticidad es posible readiestrar el cerebro a través de los mismos pensamientos y de la actividad física, puesto que el mismo cerebro cambia continuamente dependiendo de los estímulos que se le ofrecen. Por ello afirma: "el pensamiento, incluyendo la oración y la meditación, así como el aprendizaje y la acción, pueden activar o desactivar nuestros genes (Pág. 111).

3.3. El plan de vida

Contar con un plan de vida es necesario en todas las personas y organizaciones. No es una urgencia nueva, sino que a lo largo de la historia, con sus debidas matizaciones, siempre se ha tomado en cuenta; ahora en especial la han retomado las grandes instituciones a nivel mundial, nacional y local, así como los diferentes grupos para alcanzar fines bien determinados. La iglesia no es ajena a dicha urgencia y lo ve como algo muy importante en toda su labor evangelizadora, en este caso lo es para los Presbíteros que saben lo que son y lo que quieren alcanzar, pero en la inercia del trabajo pastoral, puede ser que se vayan perdiendo de vista los objetivos, las motivaciones; para ello se encuentran muchas propuestas, no se trata de algo nuevo, sino



de acudir a la fuentes que inspiren a realizar todo un programa de vida como lo enseña San Juan de Ávila, que es retomado en el libro “*Reaviva el don de Dios*” (2003):

“Tiene en cuenta también los aspectos humanos, espirituales, y pastorales de la formación. Por eso propone la ventaja de vivir en común en convictorios sacerdotales y de llevar un plan de vida personal donde se garantice diariamente un sano equilibrio entre oración, pastoral, lectura de libros de formación humana y estudio de Sagrada Escritura y teología, preparación concienzuda de la predicación, atención a la pastoral de niños y enfermos, y todo ello conjugado con tiempos dedicados al necesario descanso y actividades de ejercicio físico, como el paseo” (Pág. 95).

El plan de vida impulsa el crecimiento espiritual, Medina (2004) reflexiona en la urgencia de llevar a cabo una espiritualidad que sea la que sostenga la vida de fe y expresa: “la espiritualidad no puede ser ella misma sin un diálogo atento y cordial, sin el acompañamiento fraterno de todos los que buscan valores elevados y no efímeros. Tienen que ser alimento para una nueva profecía y una nueva autenticidad (auténtico humanismo). Hoy se pide a la espiritualidad que sea lugar de la espera y de la esperanza del Reino” (Pág. 376).

Melguizo (2009), en su libro “¿Vale la Pena ser Sacerdote hoy?”, reflexiona este tema tan fundamental para los Presbíteros y expresa que dicho plan de vida es como el motivador para seguir construyendo respuesta dentro de los momentos propios de discernimiento. Es un *pretexto* para poder mirar la vida en profundidad, a la vez que conduce a la valoración de la persona misma, ya que un plan tiene como propósito transformar a la persona desde dentro. Es un proceso de ser persona que, según E. Mounier, es una unidad interior que hay que alcanzar, aspecto que retoma Melguizo (2009) para indicar los tiempos de un plan de vida:

“Es la ubicación del individuo en el hoy (presente). Para tomar conciencia de lo que se es. Genera una tensión hacia el futuro: relleva las expectativas del porvenir, busca una orientación para la propia vida (el futuro se vuelve pre-

sente) y por último, revisa la historia personal (pasado) es la aceptación de sí mismo. Es reconciliarse con el pasado para sanar. (Sanar la memoria: perdonar y perdonarse)" (Pág. 187).

Melguizo enfatiza en que en muchas personas, entre ellos los sacerdotes, hay fragilidad vocacional, superficialidad, falta de interioridad, por eso considera que todo proyecto personal es un medio para impulsar el proceso de autoformación y maduración del creyente, de ahí que considere tres presupuestos: una visión antropológica donde el hombre sea sujeto de su propia realización; una visión pedagógica como proceso educativo, es estar en camino; una visión cristiana manifestada en la permanente conversión, seguimiento.

El directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros expresa que es deseable que cada presbítero elabore un proyecto concreto de vida personal, con la ayuda de un director espiritual y que tome en cuenta puntos como: la meditación diaria sobre la Palabra, el encuentro diario y persona con Jesús en la Eucaristía, la devoción Mariana, momentos de formación doctrinal, descanso, cuidado de la comunión y de la amistad Sacerdotal (DMVP 76).

Para tener un plan de vida más completo es necesario acudir al concepto de la utopía, como fue la mística que llevaron dentro de sus entrañas infinidad de grandes hombres que soñaron y trabajaron por lo que pensaron, para eso se señalan algunas aspectos de la utopía, concepto que Chung Hyun Kyung (2006), teólogo coreano, define como ese "no lugar" sin límites creado por Tomás Moro en el siglo XVI. Utopía es el lugar ideal donde se solucionan todas nuestras necesidades, donde podemos vivir en armonía. Hyun desea la utopía porque cree, que "otro mundo es posible", donde se pueda ser mejor personas.

3.4. El síndrome de Burnout y los medios para enfrentarlo

Burnout es una palabra que significa agotamiento, quemado, fundido. Palabra que tiene mucho que ver con el estilo de vida moderna marcada por el activismo, por lo rápido que se vive; más si se considera que la mayor parte de la población hoy habita en



las ciudades, vida urbana marcada por la exigencia del tiempo, la rapidez, el movimiento constante, el tráfico; en fin, muchas exigencias que pueden traer como consecuencia el sentimiento de sentirse agotado, cansado.

Schaufeli, Maslach y Marek (1993) proponen tres definiciones del Burnout:

“According to Freudemberger and Richelson (1980), Burnout is “a state of fatigue or frustration brought about by devotion to a cause, way of life, or relationship that failed to produce the expected reward”. According to Maslach (1982a), “burnout is a syndrome of emotional exhaustion, depersonalization, and reduced personal accomplishment that can occur among individuals who do ‘people work’ or some kind”. According to Pines and Aronson (1988), burnout is ‘a state of physical, emotional and mental exhaustion caused by long term involvement in situations that are emotionally demanding’” (Pág. 35).

López (2011) propone dos definiciones. Por una parte, toma las palabras de Freudemberger y describe el síndrome de Burnout como una disminución de la energía y sensación de agobio por los problemas de las otras personas; por otra parte cita a Gil-Monte, que señala el síndrome de Burnout como una respuesta al estrés laboral crónico y lo define “como una experiencia subjetiva de carácter negativo compuesta por pensamientos y actitudes negativas hacia el trabajo, hacia las personas con las que el individuo se relaciona en su trabajo, en especial con los clientes o beneficiarios de su labor y hacia el propio rol profesional” (Pág. 40).

Precht (2002) señala que de igual manera es frecuente encontrar cansancio en la vida de los Sacerdotes, unos por el exceso de trabajo y otros por un cansancio crónico, causado por el estilo de vida. El sólo hecho de estar cansados no dice nada malo, es más, es lógico, incluso los Evangelios dicen que Jesús busca momentos para descansar y superar el cansancio: se sienta junto al pozo en Samaria, sube al monte, va a la casa de Lázaro, etc..., distinto es cuando el cansancio se transforma en hastío.

Precht (2002) manifiesta algunas de las razones por las que se llega a sentir este cansancio en el ministerio:

“Crear que todos los espacios de la agenda son para llenarlos con todo tipo de compromisos y sentir mala conciencia si se deja alguno en blanco... Rezar a la carrera entre los recados y tareas por cumplir que zumban en la cabeza... No tener espacios gratuitos para visitar a los amigos... para escuchar música... para ir alguna vez al cine, al teatro, al estadio... E incluso, vivir en espacios sin belleza, funcionales, sin “hogar”... Si así vivimos, en obvio que nos vamos a cansar y no sólo de la fatiga del día: nos sobrevendrá la fatiga psicológica y moral propia de una vida estresada. Y el estrés nos hará más vulnerables a la dejación, a la negatividad, a buscar el primer apoyo que pasó o el primer cariño que se ofrece” (Pág. 21).

López (2011), retomando el pensamiento de Herbert Freudemberger afirma que los presbíteros fallan, se agotan o quedan exhaustos emocionalmente, debido a que se involucran excesivamente en su trabajo, llegando a ser ineficaces para el desempeño. Concluye que este síndrome es por tanto, una patología que debe ser entendida como un trastorno psicosocial en el trabajo.

En su estudio sobre el tema, López (2011) señala algunos factores que causan dicho síndrome, entre ellas considera tres grupos, a saber: factores relacionados con el individuo, factores laborales y factores sociales.

Entre los factores personales que inciden en el síndrome de Burnout se pueden reconocer la vulnerabilidad, que está determinada por la personalidad. Las personas más propensas a sufrir Burnout tienden a ser aquellas ambiciosas, obsesivas, entusiastas, agresivas, competitivas y muy entregadas a su trabajo; son personas que no tienen metas bien definidas. Una tendencia que puede conducir a dicho síndrome, es el sentimiento de tener que estar disponible a todas las horas todos los días. López (2011) pone como causa fuerte a contraer tal síndrome cuando las personas tienen a depender del éxito y su buen desempeño dependiendo de otras personas y situaciones.



Entre los factores laborales que favorecen el desarrollo del síndrome de Burnout, López (2011) señala la pérdida de tiempo en tareas burocráticas o administrativas, las expectativas irreales, la falta de límites en el desempeño de funciones, la ambigüedad de tareas, la falta de control en el trabajo y la falta de reconocimiento.

Al tratar de los factores sociales López (2011) señala que las personas en su proceso de madurez, durante el ciclo de vida, requieren de una comprensión positiva de sí mismas, al igual que una relación satisfactoria con quienes les rodean y que le dan sentido de pertenencia y sólido sentido de misión. Por ello concluye que el soporte social en el lugar de trabajo puede evitar el surgimiento del síndrome.

Entre los principales síntomas o manifestaciones del síndrome de Burnout López (2011) menciona el agotamiento físico y/o emocional, la despersonalización y la baja autoestima o falta de realización personal. A nivel del cuerpo, las manifestaciones psicósomáticas como la fatiga, los dolores musculares, el trastorno del sueño, la pérdida de peso. A nivel del comportamiento las manifestaciones conductuales como las conductas de tipo adictivo, los conflictos, el ausentismo, la agresividad, la desconcentración. A nivel de los sentimientos, las manifestaciones emocionales como la baja autoestima, la ansiedad e irritabilidad, el distanciamiento con las personas, la disminución de la capacidad para memorizar datos. A nivel del ego, manifestaciones defensivas como las que tienen que ver con actitudes cínicas hacia los beneficios de sus servicios a quienes culpa de sus problemas, la supresión consciente de información, las llegadas tardes al trabajo, etc.

López (2011) concluye señalando lo siguiente ante el tema:

“El sacerdote que se consume en el horno de su propio agotamiento, se vuelve incapaz de servir a los demás, a menos que opte por ayudarse a sí mismo a recuperar la salud física y mental que ha perdido al caer víctima de éste síndrome. De manera que sucumbir y “quemarse” en el servicio pastoral, lejos de constituir una entrega fructífera, se convierte en un desperdicio de dones y talentos, y se manifiesta en un sufrimiento emocional que está muy lejos del plan de Dios para sus servidores” (Pág. 51).

Melguizo (2002), haciendo referencia a un documento que publicó la Conferencia Episcopal Italiana en el 2000 sobre la formación permanente, enfatiza que es necesario estar atentos a fin de que el ministerio no se vuelva un pragmatismo sin alma que produce síndrome del cansancio físico y psicológico, generador de escepticismo y encerramiento en sí mismo, con pérdida de la pasión por el Reino.

Retomando los temas del Presbítero que asume el auto-cuidado, que busca un plan de vida y adquiere medios para superar el síndrome de Burnout, se podrá ser gestor de cambio con algunos de estos señalamientos.

Para que se pueda llevar a cabo el auto-cuidado, son necesarias una serie de prácticas, que entre más cotidianas sean, mayor auto-cuidado favorecerán, son actividades sencillas entre las que Dorothea Orem (1991) propone:

1. The maintenance of sufficient intake of air.
2. The maintenance of a sufficient intake of water.
3. The maintenance or a sufficient intake of food.
4. The provision of care associated with elimination process and excrements.
5. The maintenance of a balance between activity and rest.
6. The maintenance of a balance between solitude and social interaction.
7. The prevention of hazards to human life, human functioning, and human well-being.
8. The promotion human functioning and development within social group in accord with human potential, known human limitations, and the human desire to be normal. Normalcy is used in the sense of that which is essentially human and that which is in accord with the genetic and constitutional characteristics and the talents of individuals" (Pág. 21).

Para lograr evitar ser presa del síndrome de Burnout, o en su defecto, lograr salir de esta patología que deja al presbítero en estado de inacción, en un estado de parálisis pastoral y como consecuencia frenado en su crecimiento personal, es necesario saber manejar el



estrés, que es la causa del Burnout, para ello Melguizo (2009) sugiere el siguiente recorrido: construir la confianza en sí mismo, lo cual prepara al Sacerdote a tener una verdadera estima de sí mismo; reconocer su aporte personal en su ministerio pastoral; tener flexibilidad en sus relaciones con la autoridad, así como en la animación de la comunidad; la confianza en sí mismo hace llegar al Sacerdote a un verdadero don de sí mismo y a una real apertura al otro; finalmente, lo más importante, concluye Melguizo (2009) es saber abrirse a sí mismo, a los demás y a Dios.

Referencias bibliográficas

- Benson, H. Klippeer M. (1992). *Relaxation response. A simple meditative technique that has helped millions cope with fatigue, anxiety and stress*. New York: edition by Wing Books.
- Castillo, J.M. (2005). *La ética de cristo*. (2ª ed.). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- CELAM. (1979). *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, "La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina"*. Documento de Participación. CELAM: Bogotá
- CELAM, Dpto. de Vocaciones y Ministerios, DEVYM. (2003). *Reaviva el don de Dios! La formación permanente de los presbíteros en América Latina y el Caribe*. Bogotá: Celam.
- CELAM. (2007). *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Documento Conclusivo*. (2ª ed.). México: Ediciones Conferencia Episcopal Mexicana.
- Concilio Vaticano II. (2006). *Documentos completos*. Bogotá: San Pablo.
- Espeja, J. (2007). *Encarnación continuada. En la herencia del Vaticano II*. Salamanca: San Esteban.
- Forte, B. (2001). *¿Dónde va el cristianismo?* Madrid: Palabra.
- Fossión, A. (2011). *¿Cómo llegar a la fe?* Bogotá: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Hyun, Ch. (2006). *Posibilidad de utopía en la actualidad. Teología para otro mundo posible*. Madrid. PPC.
- Idiáquez, J. (2010). Psicología del trabajo en equipo desde una perspectiva Ignaciana. *Diakonia*, a.34 (132), 97-107.
- Jiménez, M. (2011). *¿Cómo llegar a la fe?* Bogotá: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

- Juan Pablo II. (2005). *Pastores Dabo Vobis*. (2ª ed.). Bogotá: Paulinas.
- López, H. (2011). *Sacerdocio & Burnout. El desgaste en la vida sacerdotal*. Bogotá: Paulinas.
- Mardones, J. (2010). *Matar a nuestros Dioses. Un Dios para un creyente adulto*. (7ª ed.). Madrid: PPC.
- Medina, G. (2005). *Formación para el acompañamiento espiritual de jóvenes. Contextualización, resignificación, proyección*. Bogotá: (s.e.).
- Melguizo, G. (2002). Integralidad y continuidad de la formación inicial y permanente del ministro ordenado. *Medellín*, 28 (109), 5-20.
- Melguizo, G. (2009). *¿Vale la pena ser sacerdote hoy? Pastoral de Pastores*. (2ª ed.). Bogotá: CELAM.
- Orem, D. (1991). *Self-care Deficit Theory*. Newbury Park, California: SAGE Publications.
- Prada, J. R. (2007). *Psicología & formación. Principios psicológicos utilizados en la formación para el sacerdocio y la vida consagrada*. Bogotá: San Pablo.
- Precht, C. (2002). *Pastores al estilo de Jesús*. Bogotá: CELAM.
- Romano, M. (s.f.). *Retos para el sacerdote en este cambio de época*. Guadalajara: (s.e.)
- Rubio, L. (1999). Evangelizadores siglo XXI. Los Cristianos presbíteros, evangelizadores nuevos. *Seminarios*, 44 (151), 11- 65.
- Schaufeli, W. Maslach, Ch. Marek, T. (1993). *Professional Burnout. Recent developments in Theory and Research*. New York. Library of Congress.
- Torres, A. (1996). *Recuperar la creación. Por una religión humanizadora*. (3ª ed.). Bilbao: Sal Terrae.
- Vela, A. (2011). *¿Cómo llegar a la fe?* Bogotá: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.